FEMINEIDAD, FEMINISMO Y ESCRITURA

Negación del deseo, poder de la madre y escritura, en la narrativa de Marvel Moreno.

Elizabeth Burgos

El despertar del deseo en la mujer y el difícil acceso a su realización mediante el encuentro con el cuerpo del hombre, es uno de los temas recurrentes en la narrativa de Marvel Moreno, y tal vez, el resorte principal de su obra. La galería de retratos de mujeres con la que ilustra la condición femenina, bien podría sintetizar la vida de una sola de ellas. Las circunstancias y hechos ocurridos en el transcurso de esas vidas, son como las facetas vividas por una misma mujer que anda en búsqueda de una vivencia inédita, no conformista, de su femineidad, y en la que el libre acceso al deseo vendría a ser un corolario. Deseo amordazado tanto más avasallador porque prohibido; cuerpo en estado de tensión, a la espera de ser liberado de la impaciencia que le agujonea las entrañas. Es así como aparece las heroínas en la obra de Marvel Moreno. Mordaza del cuerpo que viene a simbolizar las circunstancias en que vivía la mujer en

la sociedad de la Barranquilla de aquella época. Pero lejos de ella recurrir a la facilidad de la simplificación, en la que tan fácilmente se incurre cuando se trata de dilucidar la vivencia de la femineidad; actitud dictada por la tendencia a plegarse dócilmente a cánones y a ortodoxas; sean ésta feministas o de otra índole. Marvel Moreno, no parte de presupuestos preconcebidos, antes por el contrario, su búsqueda se caracteriza por el deseo de revelar con precisión, los mecanismos forjados para ejercer la represión psicológica a la que son sometidas las mujeres, y a la manera cómo, esos resortes sutiles, les impiden alcanzar a una posición autónoma ante la vida y por tanto a dificultar su realización en tanto que sujetos. Ella escribe por algo muy simple, y para ello no necesita apoyarse en credos; escribe movida por el impulso de restablecer la verdad y dar cuenta de la injusticia; porque el mundo es injusto, y lo es aún más con la mujer.

Valiéndose de un virtuosismo casi de cirujano, Marvel Moreno va desentrañando los sutiles mecanismos de la complejísima trama que conforma el modelo de la sujeción femenina. Prohibición y represión, son los pilares principales de ese mecanismo, pero ella no los expresa en abstracto. Ante todo constata que son los prejuicios sociales los que rigen la conducta de las mujeres de una determinada clase social, -principalmente esa oligarquía de Barranquilla que ella ha sabido, tan fina y munuciosamente, describir. Pero Marvel Moreno no se detiene allí, ni tampoco en la simple denuncia del hombre, ni del patriarcado; origen e instrumento de la opresión de la mujer. Tampoco se limita a la denuncia de esa patología de la virilidad que es el machismo. Demuestra con finas pinceladas el poder del patriarcado como origen de la opresión de la mujer; y hasta cierto punto da por sentado ese dato. Pero más bien se dedica a mostrar que, esos hombres detentores de poder, se revelan como seres sin gran envergadura, sin asidero, sin meta; en el fondo débiles, que la mujer, si se lo propone, logra transformarlos en cuerpos-objetos destinados al sólo uso de su

placer. El empeño de Marvel Moreno es dar a ver la titubeante y dolorosa búsqueda de la mujer, en su empeño de ser autónoma. Ella nos revela cómo la mujer, en esa búsqueda, pasa por etapas varias, y a veces contradictorias con su propósito. En una de ellas, a manera de venganza hacia los hombres, invierte el modelo sexual tradicional, adjudicándole al hombre el papel de objeto sexual que éstos les habían infligido a ella, practicando entonces una suerte de machismo a contrario; algo así como una especie de *hembrismo*: el machismo al revés.

«Ellas ignoraban la sumisión: no se maquillaban y en sus polveras había casi siempre unos gramos de cocaína, y hacían el amor con desenvoltura para tormento de sus amantes que se sentían como cerezas tomadas con distracción de un plato. Quizá sólo yo comprendía que ese frenético consumo de hombres elegidos y devorados sin ternura ni compasión era simplemente la venganza que una generación de mujeres ejercía, sin saberlo, en nombre de muchas otras». (1)

Sin embargo, en esa suerte de testamento final, que constituye el epílogo de *en Diciembre llegaban las brisas*, en el que sintetiza el punto al que ha llegado en su reflexión, Marvel Moreno deja bien sentado, que se trata de una etapa que tiene sus límites, a la que se le debe dar, tal y como se practica en las sociedades tradicionales, «su carácter sagrado de iniciación en el largo peregrinaje que permite vislumbrar el infinito» y ser entonces más humilde, y reconciliarse alguna vez con la vida» (2) Se trataría entonces para la mujer, del aprendizaje de la vida, de vivir armoniosamente lo humano tal y cómo la naturaleza nos lo ha deparado. Es necesario aprender a ver bien para que la mujer, en su búsqueda de libertad, no se pierda en el intento y termine siendo una cómplice del poder que busca combatir.

Pero su meta es mucho más ambiciosa; ella busca desentrañar, ir al fondo del origen de esa extrañeza que significa ese malestar de vivir lo femenino. Hurga en el fondo del conflicto y para ello precisa romper tabúes, percibir ambivalencias, derribar ideas preconcebidas. Se dibuja, como trasfondo, una doble vertiente: una ordenada por lo social, la otra, del orden de lo relacional-afectivo. Así es como constata que el patriarcado no actúa solo; que para ser realmente eficaz en su empresa de sometimiento y de preservación del cuerpo de la hija, por ser la mercancía de intercambio por excelencia del sistema de alianzas entre familias, que precisa de la colaboración de la madre. Constatación que va a llevar a Marvel Moreno a desarmar el mecanismo de represión que le impide a la mujer el acceso al placer, al otro complementario, al cuerpo masculino. Prohibición en la que se centra la educación de las niñas en esa sociedad, educación, principalmente, a cargo de la madre; de allí que sea ella la transmisora y responsable del cumplimiento de los mandatos del poder patriarcal. La madre aparece como el principal agente de colaboración oponiendo la ley ante el cuerpo grávido de deseos de la hija. Así es como el conflicto inherente a la relación madre-hija, aparece en la obra de Marvel Moreno, en toda su dimensión. Y podrá afirmarse que es el pilar principal en el que se sustenta la obra. En este aspecto en particular, se nota la atenta lectora de Freud que fue Marvel Moreno. (3)

El papel de verdugo de la femineidad, de mordaza del cuerpo de la hija, adjudicado a la madre, es producto de una transacción entre ella y el poder patriarcal, que le delega la tarea de controlar a esa igual suya, a esa mujer nacida de su propio sexo; ese imposible y culpable amor homosexual, amor que suele estar aún más reprimido que el heterosexual, que después de todo, la mujer terminará conociendo, aunque sea en el hecho de un matrimonio infeliz, sin amor y sin deseo: destino, precisamente, contra el cual las mujeres deben rebelarse.

Un juego interminable de espejos, de situaciones en diagonal, constituyen el nudo del conflicto, teñido de la mayor ambivalencia de esa relación, eterna y trunca a la vez, en la que la madre no puede permitir que la hija realice lo que le fue negado a ella, porque la realización del deseo significa al mismo tiempo, que la hija escape a su poder, que es, en el fondo, la opción que la madre se ha otorgado ante el malestar que conlleva el amor entre ellas: no es toda mía, pero tampoco lo será del hombre, del otro. La hija es, a la vez, depositaria de los deseos frustrados de la madre; mientras que la madre será para la hija, la rival que posee al padre, al hombre. Tal vez, el mayor avatar de la sexualidad femenina radique en el hecho de haber tenido como primer objeto de amor a una mujer, mientras, que el varón, no hará más que pasar de una mujer a otra. «...» *la evolución que transforma a la niña en mujer normal es mucho más ardua y complicada, pues abarca dos tareas más, sin pareja en la evolución del hombre*», (4) lenguaje que hoy sería considerado como «políticamente incorrecto», pero que demuestra hasta qué punto, Freud poseyó una gran lucidez sobre la evolución psico-sexual de la niña.

La situación de la niña requiere el abandono de su primer afecto: dar el paso de la madre al hombre, no es una fase que se realice sin consecuencias. La hija se siente culpable ante la madre, lo vive como una traición a ella. Es posible que ésta sea el mayor de los dilemas entre todas las vicisitudes que debe enfrentar la hija en el aprendizaje de su sexualidad.

Sin embargo, Marvel Moreno nos demuestra que, a pesar de la fatalidad de esa imposible relación madre-hija, y al hecho de que toda mujer encierra en su cuerpo la memoria de las frustraciones de las mujeres de las generaciones precedentes, abre una puerta que permite la reconciliación con el mundo femenino, gracias a las abuelas, las tías, las sirvientas. Estas, al estar libres de la relación carnal del cuerpo a cuerpo, de la gestación y del nacimiento; libres de la escena primitiva en la

que fue concebida la hija; ante la nieta, las abuelas y las tías, aparecen como figuras bienhechoras, así aparece ilustrado en el relato «Barlovento», en el que la bisabuela y la abuela, le abren a la joven Isabel, el espacio al cumplimiento del deseo. Isabel, mediante el pacto secreto de su bisabuela y abuela con el Mandinga, y actualizado por ella, en una especie de sueño alucinatorio, conoce el goce infinito del sexo. Pacto que la lleva, en medio de la celebración del baile del tambor de los negros de Barlovento, guiada por una viejita negra, (otra figura de abuela) ante un negro Mandinga, con el que tuvo un acoplamiento que:

(...) «cuando el Mandinga entró en ella, la ardiente brújula fue devorada por un apremio más oscuro, que ascendió al encuentro de aquello que iba hollándola con un ímpetu diestro y fulgurante, buceando entre aguas profundas como un pez voraz, una y otra vez hasta encontrarla al fin, en el centro mismo de su ser, arrancándole de cuajo aquel espasmo iridiscente que la hizo arquearse y gritar» (5) pág. 152-53.

La presencia del negro Mandinga hace intervenir un elemento relativo a la moral imperante y a la pertenencia étnica. Como bien se sabe, los negros, en tanto que estrato marginado de la sociedad, no están sujetos a la moral del poder; por lo que para una mujer blanca, llegar al paroxismo de un placer total, casi animal con un negro, estará exento de culpabilidad, pues él no la juzgará sobre los mismos principios que la cultura a la que ella pertenece. Una variante, a la que también recurre la mujer para evitar la culpabilidad, «Eterna Virgen»; (6) en el que el goce y la satisfacción del deseo y la pérdida de la virginidad, tienen lugar el trascurso de sueño y en el relato «Sortilegios» (7) se da el mismo caso.

Ese ir tras el deseo remite a una búsqueda incesante; a la ratificación de la existencia del cuerpo como soporte mayor de

la unidad del sujeto mujer, cuya confirmación no le puede venir sino del encuentro con el otro complementario del suyo: el hombre. De cierta forma, lo que buscan es alcanzar el cuerpo propio, aquel que no pertenece a la madre, y así permitirse obedecer al mandato de su cuerpo; y al deseo por el cuerpo del hombre, que vendrá a ser la mediación de su búsqueda de la identidad femenina que le revela la mujer que está latente dentro de ella:

«(...)y la llamaradã entre sus piernas, y la impresión de existir latiendo al ritmo del universo. Era otra, era única, era ella. Sentía que su propia identidad le había sido revelada de golpe, que su cuerpo al fin tenía una razón de ser». (8) «Y fue como si una mano caliente le entreabriera las piernas. Y por primera vez se sintió deseada, se sintió mujer». (9)

Ese estado de rebelión permanente, el no acatamiento de los estereotipos dictados por la sociedad, la ruptura con la ley sacrosanta de los prejuicios, hasta que sobreviene el encuentro que desencadenará ese fulgor incontrolable que conducirá a la mujer a pasar por encima de los mandatos sociales, y a transgredir la prohibición de la madre, es la tensión en la que está inmerso el lineamiento de su ficción.

En esa voluntad de expresar la rebelión de sus heroínas, Marvel Moreno expresa la suya propia como escritora. Dejando de lado alusiones y atmósferas brumosas, que so pretexto de búsquedas de estilo, muchas veces, son la manera de evitar expresar aquello que le han enseñado a callar a las mujeres. En su obra, la expresión del deseo, aparece siempre nítido, preciso, franco, con toda la crudeza del despertar del sexo. Porque, al describir con precisión ese mundo hipócrita en el que viven sus heroínas, su propósito es también expresar la verdad íntima del cuerpo de la mujer en su relación con el deseo, y el hallazgo del cuerpo del hombre.

Sin embargo, debemos cuidarnos de opinar a la ligera, el hecho de haber plasmado en su obra el universo femenino no hace de Marvel Moreno una feminista según los cánones clásicos: me atrevería a afirmar, que es demasiado revolucionaria para acatar los dictados de estructuras ya establecidas como instituciones. Lo que ella persigue, lejos de constituir un antagonismo entre los sexos, es el reconocimiento de la diferencia, de lo dual, de la identidad múltiple, del proceso móvil de las identidades que sobreviene en el entre-dos de la condición humana, andadura que se distancia de toda actitud de oposición. Marvel Moreno, por su experiencia personal, poseía una gran lucidez en cuanto al devenir de todo movimiento al constituirse en institución. El papel que se le podría adjudicar en el movimiento de liberación de la mujer, sería el de una suerte de libertaria: ni Estado, ni burocracia; para quien lo que más importa es la palabra como reescritura del destino.

En su obra no es el rechazo al hombre su propósito, antes por el contrario, sus heroínas se rebelan porque la madre, metáfora de la sociedad, les niega el acceso al cuerpo masculino. Prohibición cuya transgresión se convierte en búsqueda obsesiva, en la que el amor no es el móvil, sino el cuerpo del hombre como instrumento que satisfaga el cuerpo sediento de la hembra, luego *«con los años descubrirán el miedo a la soledad: entonces aceptarán vivir junto a un solo hombre»*. (10).

Y aquí surge otra de las características de las heroínas de Marvel Moreno: la casi inexistencia del amor, o más bien; la imposibilidad de amar, debido a una falta de capacidad de don, porque la omnipresencia de la madre les ha negado el espacio en donde el amor por el otro diferente hubiera podido inscribirse. Su don se reduce a la sola entrega del cuerpo porque así lo requiere el deseo. Son mujeres regresivas que esperan todo del hombre, y por ello, son mujeres en estado permanente de dependencia, mujeres a la espera de una confirmación de su ser, gracias a la presencia del cuerpo hombre. Mujeres que no

acceden a la autonomía, permanecen detenidas en un narcisismo sin salida, incapaces de dar amor, sin embargo, exigiendo del hombre un amor absoluto. Son mujeres compartidas entre su ansia de autonomía, al mismo tiempo les es imposible vivir sin la protección del hombre, la cual exigen tiránicamente. Posición que a su vez, requiere de ellas, una actitud permanente de súplica, que las conduce a la sumisión, y de allí surge el conflicto permanente con el hombre: entre la dependencia, y el deseo de realización; el dilema entre las ventajas del siervo, y las desventajas de la responsabilidad de asumirse como ser autónomo. Terminan plegándose a la fatalidad de su destino, y buscan refugio en la depresión; situación regresiva por excelencia, que remite a la infancia, a la perennidad de su condición de hijas que nunca logran romper el cordón umbilical. Su búsqueda ya no será liberarse sino el hallazgo, poco probable, del hombre-madre, que posea las características de una madre «good enough», según la definición de Winnicott, capaz de maternarla. En el relato «La sombra» se expresa con nitidez esa circunstancia *«(...) al final de un camino en el que todas las piedras son iguales, una mujer anestesiada y un poco triste, que exalta la maternidad y se aburre en silencio, ha perdido sus ilusiones y a duras penas se reconoce una identidad. Ya no lee ni piensa, ni tiene argumentos para discutirle al hombre de los cabellos rubios. Adriana se acuerda de mis recuerdos y adivina que su madre la trajo al mundo para morir».* (11)

En el fondo, aunque la hija haya tenido la osadía de transgredir la prohibición del deseo, el inmenso poder de la madre permanece intacto, por que no ha podido escapar de esa «jaula del amor que puede ser el amor materno». El último cuento que tuvo la intención de escribir, apenas esbozado en menos de una página, Marvel Moreno lo tituló *Un amor de mi madre*. ¿Se trata acaso del reencuentro con la madre? No sería imposible contemplar esa posibilidad como cierre de la circularidad emprendida en su exploración hiriente de lo femenino. Sandor Ferenczi, apunta, que para la mujer, una cura

psicoanalítica exitosa, contempla el reencuentro con el cuerpo de la madre: es decir, la reconciliación de la hija con lo materno. El empleo por Marvel Moreno del posesivo «mi» deja presagiar que algo se movió en ella en ese sentido, aunque el anecdotario que le motivó ese cuento nada tuviera que ver.

Cuando se aborda la cuestión de la escritura, sobre todo en el caso del Marvel Moreno, quien dedicó toda su producción literaria a dilucidar el universo de la femineidad, aparece la siempre pendiente cuestión de la buena o mala literatura como el criterio único en cuanto a escritura se refiere. Simplemente se confunden dos cosas distintas; la escritura y la literatura; y, por supuesto, no es que pretendamos se mantenga fuera de los criterios de juicio la calidad de una literatura, o de una escritura. Pero cuando se hace esa afirmación, lo que se pretende es negar la existencia de una especificidad en el campo de lo escrito, se niega el hecho de que lo masculino se ha enseñoreado del lenguaje, consecuencia lógica del poder absoluto que detenta, cuyo corolario es una presunta neutralidad del lenguaje, y por supuesto, se niega que esa neutralidad así proclamada, lleva la marca de lo masculino. De lo que se trata es de una escritura masculinamente neutra. Tal vez ya ha corrido suficiente agua bajo los puentes como para no adentrarse en caminos demasiado trillados y simplemente sea suficiente apuntar que la cuestión es infinitamente compleja si se admite que la diferencia sexual y la escritura implica múltiples facetas, entre las cuales, cuestionar un sistema de pensamiento y de saber, que se ha impuesto como único y excluyente de todo cuanto desborda sus cánones. Cuestionamiento que significa simplemente, preguntarse cuál es el sexo del discurso de la ley. Es necesario considerar la escritura, —como también la lectura; esa otra forma de escribir—, como un espacio de interpretación, en el que se tome en cuenta cuál es el sujeto de la escritura; ¿quién habla, quién escribe? La escritura está íntimamente relacionada con la tensión que el cuerpo impone a lengua y a sus efectos de fantasma. La alteridad, se hace y se deshace al interior de

cada uno de nosotros según el juego caprichoso, e involuntario de las afinidades libidinales; pasamos de una a la otra, según las jugarretas del inconsciente: economías libidinales disímiles pueden coexistir en el proceso de la escritura. Se nace niño o niña, luego nos convertimos en hombre o mujer, pero también masculino o femenino, hijos o hijas de madre y de padre, y aquí surge la distancia del género al sexo, de la gama compleja de las identificaciones, de la bisexualidad psíquica, por ello mismo, el acto de escribir no es nunca un hecho neutro. Si el cuerpo es la mediación de la escritura, ésta no es asexual: existe la inscripción del cuerpo en la escritura, cualquiera sean las preferencias eróticas que pueda tener el escritor; existe un cuerpo erótico constituido por esa mediación, por la mimesis de la escritura misma: en ese sentido no aparece a la vista, pero la escritura despierta la emoción: el cuerpo, es un estado de alma, una representación del espacio psíquico. Y el cuerpo de la mujer viene a ser la última forma de la realidad de algo hasta ahora no dicho, no simbolizado, porque toda la simbolización, en todo caso en nuestra civilización, remite al falo, tomado como modelo; y lo que es aún más singular; el falo en estado de erección. Vivimos entonces de imágenes simbólicas ilusorias: porque el falo en erección, es una excepción temporal, no una permanencia. Lo hueco, lo cóncavo, el adentro, lo no evidente, lo que no salta a la vista, no sólo está excluido de la simbolización, sino que al igual que a lo negro, se le imparte una connotación negativa.

En el ámbito de la creación artística, no es entonces de extrañar, que la mujer privilegia la creación la literaria, y manifieste en ella su deseo de afirmación femenina. Frente a las normas sociales, la escritura le permite desplegar un saber sobre un universo silenciado, secreto, inconsciente. Transgrede el pacto social al revelar lo no dicho, esa extrañeza inquietante de lo feminal silenciada desde hace siglos; liberarse del peso sacrificial de ese pacto social impuesto arbitrariamente, e incorporando al sistema de comunicación humana, un discurso

más elástico, más libre, nombrando lo que hasta ahora no tenía nombre: los enigmas del cuerpo, los deseos secretos, el pudor castrador.

El paso de Marvel Moreno a la escritura fue una forma de defensa que le permitió, como mujer, abandonar el papel de víctima para convertirse en sujeto de su vida. Pero, ¿convertirse en sujeto no significa acaso convertirse en sujeto de la escritura, al ser la escritura un desborde del ser, así como ella la vivió?

No creo entonces, que la literatura, tal y como la practicaba Marvel Moreno, sea un universo ahistórico, atemporal, y mucho menos asexual. Porque a pesar de las limitaciones que plantea el feminismo, y descartando su tendencia de querer llenar el vacío creado por la crisis de las ideologías, y tratar de erigirse en sustituto de ellas, es necesario admitir que el feminismo participa en el estremecimiento que sufre la sociedad actual, planteando la exigencia de una nueva ética de conducta humana, revelando lo que hay de mortal en el pacto social que rige la vida de todos, demitificando la primacía del lenguaje como instrumento universal, totalizante, y nivelador; revelando la singularidad de cada ser, la multiplicidad de sus identidades, y la relatividad de las existencias simbólicas y biológicas. Su contribución mayor es la de contribuir a forjar una ética ante el resquebrajamiento de los valores que preservan la vida, desenmascarar la impostura reinante, y el odio que golpea a las sociedades con su corolario; el principio de muerte como rector de la ley.

NOTAS:

- (1) *En diciembre llegaban las brisas*, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1987, pág. 283-284.
- (2) *Op. cit.* pág. 183.
- (3) En lo relativo al tema de la relación madre-hija, ver: Sigmund Freud, *La Feminidad, Obras Completas*. Tomo II, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1968.

- (4) Freud, op. cit.
- (5) Barlovento, in *El encuentro y otros relatos*, El Ancora Editores. Bogotá, 1992, pág. 152.
- (6) Op. cit.
- (7) Op. cit. pág.
- (8) La Peregrina, in *El Encuentro*, op. cit. pág. 116.
- (9) La noche feliz de Madame Yvonne, in *Algo tan feo en la vida de una señora bien*. Editorial Pluma, Bogotá, 1980, pág. 144.
- (10) *En noviembre llegaban las brisas*, op. cit. pág. 283.
- (11) La sombra, in *El Encuentro y otros relatos*, op. cit. pág. 96.

BIBLIOGRAFIA

- Blaise Suzanne, *Le rapté des origines ou le meurtre de la mère*, editée par subscription, París, 1988.
- Hélène Cixous, *Entre l'écriture*, Edition des femmes, París, 1986.
- Hélène Cixous, et Mireille Calle-Gruber, *Hélène Cixous, Photos de racines*, Editions des Femmes, París, 1994.
- Fouque Antoinette, *Il y a deux sexes*, in *Lectures de la Différence Sexuelle*, Editions des Femmes, París, 1994.